fortuna el placer inocente de querer en la mia renovar los sones de las liras que pulsaron un tiempo tan delicadamente Garcilaso y Herrera, Villegas y Leon.

Pero si en estos sones encuentran, por dicha, mis lectores una pequeña parte de los alivios, la calma y el recreo que al repetirlos he probado yo; si les inspiran los gustos sencillos é inocentes del campo, la tranquilidad, la medianía; si los alejan de la ambicion funesta y la codicia, les hacen gratos su estado y sus hogares, y encienden en sus pechos el sagrado entusiasmo de admiracion á la naturaleza y amor á la patria y á la virtud; si imprimen en los jóvenes los sentimientos del buen gusto, las semillas del decir urbano, la agradable magia de la lengua y la dulce aficion á nuestras musas, inflamando ademas con sus cuadros y campestres escenas la imaginacion de los artistas para que nos repitan sus pinceles el siglo y los milagros de los Velázquez, Canos, Juanes y Murillos, mis esperanzas quedarán satisfechas, mi amor á mi nacion recompensado, y mis trabajos ya no lo serán.

Pudiera esta coleccion haberse impreso y publicado en Francia, y haberme sido entre sus literatos y los aficionados á nuestra frase y nuestras musas, que hoy no son pocos, de nombre y de interes; alguno me lo propuso y alguno lo aconsejó; pero español por mis principios y todos mis deseos, he querido que mi patria tenga la primera, como un humilde feudo de mi amor, los últimos frutos, sazonados ó ingratos, de la musa de un hijo, que, ofreciéndole fino cuanto ha podido darle, de buen grado ansiára celebrarla con títulos y timbres más ilustres; pero que, envanecido con sus glorias, ni pensó jamas ni hizo otra cosa que creyese menguarlas, ó mancillar su nombre esclarecido.

Nimes, en Francia, 16 *de Octubre de* 1815.

Por ser interesante para la historia literaria conocer la senda por donde caminaron, al dar los primeros pasos en su gloriosa carrera, los ingenios esclarecidos, publicamos en la presente coleccion algunas poesías inéditas de MELENDEZ, ensayos juveniles de escaso valer. Los más de ellos nos fueron comunicados por nuestro malogrado amigo don Eustaquio Fernandez de Navarrete, quien los encontró en la villa de Ábalos, entre los papeles de su ilustre abuelo don Martin.

Dos sólo de estas poesías no publicamos, á saber: una oda anacreóntica titulada *El Tocador*, que empieza así:

Sentada ante el espejo,
Ornaba Galatea
De sus blondos cabellos
Las delicadas hebras.....;

y una oda de *La Paloma de Fílis*.

Dejóse llevar MELENDEZ con exceso del espíritu de la poesía erótica griega, que tomaba por modelo, y él mismo renunció sin duda á publicar estas composiciones, aunque escritas con gala y lozanía, por parecerle contrarias á la decencia que debe reinar en las letras de las sociedades cristianas.

Creemos oportuno reproducir en este lugar las siguientes observaciones, con las cuales nos envió el señor Fernandez de Navarrete várias poesías inéditas de MELENDEZ:

Remito á V. (escribia Navarrete al Colector de estas poesías) unos cuantos de los primeros ensayos de MELENDEZ, que, como V. verá, por lo mismo que están desprovistos de mérito literario, son curiosos. Parece imposible que quien en 1776, á la edad ya de veintidos años, escribia tan mal, careciendo de elocucion, de estilo y hasta de ideas, cuatro años despues compusiese la égloga *Batilo*, premiada por la Academia, y pudiese nunca arribar á hacer una oda como la de *Las Artes*. Así MELENDEZ es una prueba palpable de que no debe el escritor esperarlo todo de la naturaleza, sino que pueden mucho el arte y la aplicacion... Las várias composiciones que dirigió á Jovellanos miéntras éste permaneció en Sevilla muestran el cariño reverencial que MELENDEZ le profesaba, y si no honran su talento poético, que áun permanecia como en embrion, hacen honor á su alma... Verá V. que de sus otras composiciones, el idilio *A la Amistad* es pe-

sado, *El Tocador* debió desecharlo por lúbrico, y que las otras dos oditas, al estilo de fray Luis de Leon, son agradables.

Ahora voy á explicar á V. cómo paran en mi poder las obras inéditas de MELENDEZ, cuya copia le remito. Mi abuelo don Martin era íntimo amigo de Jovellanos, no sólo por compañero de academias, sino porque, de guardia-marina, habia estado embarcado á las órdenes de un hermano de este último (Francisco de Paula). Copió algunas de entre sus papeles, valiéndose de su intimidad. Despues, cuando, en 1820, el Rey quiso honrar la memoria de MELENDEZ, haciendo una edicion de sus poesías, se fió este cuidado á don Martin, encargándole escribiese la Vida del poeta. Entónces tuvo en su poder otra multitud de papeles que para el objeto le entregó la viuda. Pero es lástima que, sin copiar casi ninguno, se los devolvió religiosamente. En una nota que conservó de los papeles devueltos se lee: *Várias anacreónticas, unas publicadas y otras no.—Un cuaderno de los romances dirigidos al señor Jovellanos.— Correspondencia con este señor.* Al cabo, despues de haber examinado los papeles, y formado un bosquejo para extender la Vida, no llegó á escribirla por venirse á Rioja al parto de su nuera, cuando nació el que escribe á V. estas líneas, y dejó la comision á Quintana, de quien es la Vida que va al frente de la linda edicion que se hizo entónces, en cuatro tomos, en la Imprenta Real.

Acerca de las correcciones infinitas que MELENDEZ hizo en sus obras, véase lo que decimos en la nota puesta al pié de la oda titulada *Los dias de Fílis*.

POESÍAS.

A MIS LECTORES.

No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De reyes infelices;
Ni el grito del soldado,
Feroz en crudas lides;
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el númen no permite
Al labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy, y quiero
Decir más apacibles
Querellas, y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado
De rosas y alhelíes,
Entre risas y versos
Menudeo los brindis.
En coros las muchachas
Se juntan por oirme,
Y al punto mis cantares
Con nuevo ardor repiten;
Pues Baco y el de Vénus
Me dieron que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenis curas et libera vena.
HORAT.

ODA PRIMERA.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle,
La senda á perder vine.
Recostéme cansado,
Y un sueño tan felice
Me asaltó, que áun gozoso
Mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
De belleza increible,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre;
Amor un dulce tiro,
Riendo, me despide,
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
Despues; y así apacibles,
Con voz muy más suave
Que el céfiro, me dicen:
«Tú de las roncas armas
Ni oiras el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
»La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.»

ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

Viendo el Amor un dia
Que mil lindas zagalas
Huian dél, medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que, de picado,
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya, extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los piés ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde,
Ya en una flor se pára,
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas, al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama;
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura más grata.
Ya que juntas las mira
Dando alegres risadas
Súbito Amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y así á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

Á UNA FUENTE.

¡Oh! ¡cómo en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelesan!
Tú de corriente pura,
Tú de inexhausta vena,
Trasparente te lanzas
De entre esa ruda peña,
Do á tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas;
Y bullendo y saltando,
Las menudas arenas

Afanosa divides,
Que tus pasos enfrenan.
Hasta que los hervores
Reposada sosiegas
En el verde remanso,
Que te labras tú mesma.
Allí, áun más cristalina,
A un espejo semejas,
Do se miran las flores,
Que galanas te cercan.
Con su plácida sombra
Tu frescura conserva
El nogal, que pomposo
De tu humor se alimenta;
Y en sus móviles hojas
El susurro remeda
De tus ondas volubles,
Que al bajar se atropellan.
En tí las avecillas
Su sed árida templan,
Sus plumas humedecen,
Jugando se recrean.
Cuando abrasado Sirio
Aflige más la tierra,
Y el Mediodia ardiente
Su faz al mundo ostenta,
En tí grata frescura
Y amable sueño encuentra
El laso caminante,
Que tu raudal anhela.
Su benigna corriente
El seno refrigera,
La salud fortifica,
Repara las dolencias.
En las almas alegres
El júbilo acrecienta,
Y al que llora angustiado
Le adormece las penas.
¡Oh! nunca, fuente clara,
Nunca mengnados veas
Los copiosos cristales
Que tus márgenes llenan.
Nunca turbios la planta
Del ganado los vuelva,
Ni el pintado lagarto,
Ni la ondosa culebra.
Nunca próvida ceses
En los giros y vueltas
Con que mansa discurres,
Fecundando la vega;
Mas alegre acompañes,
Murmullando parlera,
De mi lira los trinos,
De mi labio las letras.

ODA IV.

EL CONSEJO DEL AMOR.

Pensativo y lloroso,
Contemplando cuán tibia
Dorila mi amor oye,
Por hermosa y por niña,
Al márgen de una fuente
Me asenté, cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras,
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huian;
Cuando en torno una rosa,
Que besar solicita,
Volar vi á un cefirillo
En ala fugitiva;
Y entre blandos susurros,
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:
«¿Dó, insensible, te vuelves?
¿Por qué, injusta, te privas,
En mis juegos vivaces,
De mil tiernas caricias?
»Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,
»Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen
Que en tus hojas abrigas.
»No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
»Aun más fino que ardiente,
A nada más aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.
»Por tí dejé en el valle,
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,
Mil lindas florecitas.
»Tú sola me embebeces;
Tú sola», repetia
El céfiro; y más suelto
En torno de ella gira;
Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba;
Con los cuales mimosa,
De aquí y de allá se agita,
Otros y otros buscando,
Que muy más la mecian.
Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.
No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante,
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones,
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.
Verás cómo á tus ánsias
Cede al fin, y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias
Que á mis más fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.
Del Amor fué el consejo;
Y así luégo entre risas
Vi á la esquiva en mis brazos,
Como mil rosas fina.

ODA V.

DE LA PRIMAVERA.

La blanda primavera
Derramando aparece
Sus tesoros y galas
Por prados y vergeles.
Despejado ya el cielo
De nubes inclementes,
Con luz cándida y pura
Rie á la tierra alegre.
El alba de azucenas,
Y de rosa las sienes
Se presenta ceñidas,
Sin que el cierzo las hiele.
De esplendores más rico
Descuella por oriente
En triunfo el sol, y á darle
La vida al mundo vuelve.
Medrosos de sus rayos,
Los vientos enmudecen,
Y el vago cefirillo
Bullendo les sucede;
El céfiro de aromas
Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.
Con su aliento en la sierra
Derretidas las nieves,
En sonoros arroyos
Salpicando descienden.
De hoja el árbol se viste,
Las laderas de verde,
Y en las vegas de flores
Ves un rico tapete.
Revolantes las aves
Por el aura enloquecen,
Regalando el oido
Con sus dulces motetes.
Y en los tiros sabrosos
Con que el ciego las hiere,
Suspirando delicias,
Por el bosque se pierden.
Miéntras que en la pradera,
Dóciles á sus leyes,
Pastores y zagalas
Festivas danzas tejen.
Y los tiernos cantares,
Y requiebros ardientes,
Y miradas y juegos,
Más y más los encienden.
¿Y nosotros, amigos,
Cuando todos los seres
De tan rígido invierno
Desquitarse parecen,
En silencio y en ocio
Dejarémos perderse
Estos dias, que el tiempo
Liberal nos concede?
Una vez que en sus alas
El fugaz se los lleve,
¿Podrá nadie arrancarlos
De la nada en que mueren?
Un instante, una sombra,
Que al mirar desparece,
Nuestra mísera vida
Para el júbilo tiene.
Ea pues á las copas,
Y en un grato banquete
Celebremos la vuelta
Del Abril floreciente.

ODA VI.

Á DORILA.

¡Cómo se van las horas,
Y tras ellas los dias,
Y los floridos años
De nuestra frágil vida!
La vejez luégo viene,
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avecina,
Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas.
El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,
Nos deja la alegría.
Si esto pues nos aguarda,
¿Para qué, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra frágil vida?
Para juegos y bailes
Y cantares y risas
Nos los dieron los cielos,
Las Gracias los destinan.
Vén, ¡ay! ¿qué te detienes?

Vén, vén, paloma mia,
Debajo de estas parras,
Do lene el viento aspira (1),
Y entre brindis suaves
Y mimosas delicias (2),
De la niñez gocemos,
Pues vuela tan aprisa.

ODA VII.

DE LO QUE ES AMOR.

Pensaba, cuando niño,
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los dioses;
Mas luégo, rapazuelo,
Dorila cautivóme,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione,
Que inocente y sencilla
Como yo lo era entónces,
Fué á mis ruegos la nieve
Del verano á los soles.
Pero cuando aguardaba
No hallar ánsias ni voces
Que á la gloria alcanzasen
De una union tan conforme,
Cual de dos tortolitas
Que en sus ciegos hervores
Con sus ánsias y arrullos
Ensordecen el bosque,
Probé, desengañado,
Que amor todo es traiciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

ODA VIII.

Á LA AURORA.

Salud, riente Aurora,
Que entre arreboles vienes
A abrir á un nuevo dia
Las puertas del oriente;
Librando de las sombras
Con tu presencia alegre
Al mundo, que en sus grillos
La ciega noche tiene.
Salud, hija gloriosa
Del rubio sol, perenne
Venero á los mortales
De alivios y placeres.
Tú de eternales rosas
Ceñidas vas las sienes,
Miéntras tu fresco seno
Flores y perlas llueve;
Tú de brillantes ojos,
Tú de serena frente,
Y en cuya boca manan
Risas y aromas siempre;
Cuando la hermosa lumbre
De Vénus desfallece,
De ópalo, nácar y oro
Velada, le sucedes;
Y el pabellon alzando
En que su faz envuelve
Tu padre el sol, sus huellas
Nuncia feliz precedes.
Tu manto purpurado
Ondea al viento leve,
Y al par que se derrama
De las playas de Oriente,
Hinche el espacio inmenso,
Y de su grana y nieve
Las bóvedas eternas
Matiza y esclarece.
En cuanto alegre cruzas
Por sendas de claveles
Desde su excelsa cumbre
Al cárdeno Occidente,
El sol, que en pos te sigue,
Tus vivos rosicleres
Inflama, y retemblando,
Por verlos se detiene;
Hasta que entre sus llamas
Tú misma al fin te pierdes,
Y en su torrente inmenso
Envuelta desparece;
Si no es que tan penada
De tu Titon te sientes,
Que por sus brazos dejas
Ya la mansion celeste.
Los céfiros fugaces,
Que en un letargo muelle
Las flores en su seno
Rendidos guardar quieren,
Con tu calor se animan,
Las prestas alas tienden,
Y en delicioso juego
Las liban y las mecen;
De do á las aves corren,
Que áun en sus nidos duermen,
Con su vivaz susurro
Pugnando que despierten;
A darte, oh bella Aurora,
Los dulces parabienes,
Y henchir con su alborada
Las auras de deleite.
Tú en tanto más graciosa
En luz y en rayos creces,
Que en trasparentes hilos
Cruzando al viento penden.
Las cristalinas aguas
Cual vivas flechas hieren,
Y hacen de bosque y prados
Más animado el verde.
A par que sus cogollos
Alzan las ricas mieses,
Y abriéndose las flores,
Sus ámbares te ofrecen;
Que á la nariz y al seno,
Y al labio que los bebe,
De su fragancia inundan,
Y á mil delicias mueven.
Y todo bulle y vive,
Y en regocijo hierve,
Rayando tú, que al mundo
La ansiada luz le vuelves.
Haz, ¡ay! purpúrea diosa,
Que como en faz riente
Un dia fausto y puro
Benigna nos prometes;
Así en mi blando seno,
Sin ánsias que lo aquejen,
La paz y la inocencia
Por siempre unidas reinen.

ODA IX.

DE UN BAILE.

Ya torna Mayo alegre
Con sus serenos dias,
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.
De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El regalado fuego
Que el seno les agita;
Y el céfiro jugando,
Con mano abre lasciva
El seno de las flores,
Y á besos mil las liba.
Salid, salid, zagalas;
Mezclaos á la alegría
Comun en sueltos bailes
Y música festiva.
Venid, que el sol se esconde,
Las sombras más benignas
Dan al pudor un velo,
Y á amor nueva osadía.
¡Oh! ¡cuál el pecho salta!
¡Cuál en su gozo imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!
Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen
Y rueda que no sigan.
Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta;
Torna, se aparta, corre,
Y así al zagal convida.
¡Con qué expresion y juego
De talle y brazos Silvia
En amable abandono
Su Palemon esquiva!
De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,
La fresca yerbezuela
Con pié más tardo pisan,
Que ardiente Melibeo
A Celia solicita,
La apremia con halagos,
Y en torno de ella gira.
Pero Dorila, ¡oh cielos!
¿Quién vió tan peregrina
Gracia, viveza tanta?
¡Cuál sobre todas brilla!
¡Qué espalda tan airosa!
¡Qué cuello! ¡qué expresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
¡Ay! ¡qué voluptuosos
Sus pasos! ¡cómo animan
Al más cobarde amante,
Y al más helado irritan!
Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan,
De amor, cuando le ostentan
Un seno que palpita.
¡Cuán dócil es su planta!
¡Qué acorde á la medida
Va del compas! las Gracias
La aplauden y la guian;
Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida,
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo agita.
Con timidez donosa
De Cloe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.
A su zagal, incauta,
Con blandas carrerillas
Se llega, y vergonzosa
Al punto se retira.
Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones
Cuán bien con él nos pinta!
Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa
Arde en placer el pecho
De cuantos ¡ay! la miran.
Los piés, cual torbellino
De rapidez no vista,
Por todas partes vagan,
Y á Licidas fatigan.
¡Qué dédalo amoroso!
¡Qué lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca,
Formó amorosa Lidia!
¡Cuál andan! ¡cuál se enredan!
¡Cuán vivamente explican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!
¡Oh pechos inocentes!
¡Oh union! ¡oh paz sencilla,

(1) En la primera edicion, en vez de este verso, hay este otro, más bello y natural:

Do el céfiro suspira.

(2) En la primera edicion:

Y entre puras delicias.

Que huyendo las ciudades,
El campo solo habitas!
¡Ah! ¡reina entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegría!

ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años,
Como en alegre sueño,
Volaron diez y nueve,
Sin saber dónde fueron.
Yo los llamo afligido;
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez más huyen,
Por mucho que les ruego;
Y todos los tesoros
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden
Que cesen un momento.
Pues léjos, ea, el oro:
¿Para qué el afan necio
De enriquecerse á costa
De la salud y el sueño?
Si más gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrára en mi pecho,
Buscáralo ¡ay! entónces
Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA XI.

Á UN RUISEÑOR.

¡Con qué alegres cantares,
Oh ruiseñor, celebras
Tu dicha, y de tu amada
El tierno afan recreas!
Ella del blando nido
Te responde halagüeña
Con piadas süaves,
Y se angustia si cesas.
Las otras aves callan;
Y el eco tus querellas
Con voz aduladora
Repite por la selva;
Miéntras el cefirillo,
De envidioso, te inquieta,
Las hojas agitando
Con ala más traviesa.
Tú cesas y te turbas:
Atento adonde suena
Te vuelves, y cobarde
De ramo en ramo vuelas.
Mas luégo ya seguro,
Los silbos le remedas,
El triunfo solemnizas,
Y tornas á tus quejas.
Así la noche engañas,
Y el sol, cuando despierta,
Aun goza la armonía
De tu amorosa vela.
¡Oh avecilla felice!
¡Oh! ¡qué bien la fineza
De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjera!
Ya pias cariñoso,
Ya más alto gorjeas,
Ya al ardor que te agita,
Tu garganta enajenas.
¡Oh! no ceses, no ceses
En tan dulce tarea,
Que en delicias de oirte
Mi espíritu se anega.
Así el cielo tu nido
De asechanzas defienda,
Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.
Yo tambien soy cautivo:
Tambien yo, si tuviera
Tu piquito agradable,
Te diria mis penas;
Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantáras tus glorias,
Y yo mi fe sincera;
Que los malignos hombres
Burlan de la inocencia,
Y expónese á su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA XII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citéres,
Primicia del verano,
Delicia de los dioses
Y adorno de los campos;
Objeto del deseo
De las bellas, del llanto
Del alba feliz hija,
Del dulce Amor cuidado;
¡Oh! ¡cuán atras se queda
Si necio la comparo
En púrpura y fragancia,
Dorila, con tus labios!
Ora el virginal seno
Al soplo regalado
De aura vital desplegue
Del sol al primer rayo;
O inunde en grato aroma
Tu seno relevado,
Más feliz si tú inclinas
La nariz por gozarlo.

ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

Un dia que en la vega,
Bajo el nogal copado
Que da á su fuente sombra
Con los pomposos ramos,
Cantaba entretenido,
Con inocente labio,
De mi suerte la dicha,
Las delicias del campo,
Casi á mis piés, seguras
Se bañaban, jugando,
Las sencillas palomas
En un limpio remanso.
Su bullicio y arrullos,
Y sus besos y halagos
Me cayeron, absorto,
La lira de las manos.
Libre yo, y ellas libres,
Y uno así nuestro estado,
Por instantes se hacia
Mi embeleso más grato.
Una en medio las aguas,
Cual pequeñuelo barco,
Ufanándose riza
Su plumaje galano;
Otra fija, bebiendo,
Del vivo sol los rayos,
Y en el raudal se sume
Para templar su estrago;
Otra extiende las alas
Cual dos móviles brazos,
Y al corriente se entrega
Que la va en pos llevando;
Y otra en plácido giro,
Revolante en el llano,
Torna cien y cien veces
Del uno al otro lado;
Agitándose todas,
Y corriendo y saltando,
Y cruzando y tejiendo
Mil revueltas y lazos;
Cuando allá de las nubes,
Cual flamígero rayo,
Un milano sobre ellas
Precipítase aciago;
Que en sus uñas agudas,
Para bárbaro pasto
De sus pollos, ¡ay! roba
La más bella, inhumano;
Sin bastar á salvarla
En tan súbito caso,
De mis palmas y gritos
El estrépito vano.
Derramado y sin órden,
Con mortal sobresalto,
Del ladron ominoso
Huye el tímido bando;
Y yo, el alma cubierta
De amargura y espanto,
Con la vista le sigo,
Con mi voz le amenazo.
¡Desvalida inocencia,
Siempre mísero blanco
Del poder fiero, siempre
De sus iras estrago!

ODA XIV.

DE UN CONVITE.

Ved, amigos, cuál llega
Ya delicioso el Mayo,
En las plácidas alas
Del céfiro llevado.
Grata Flora en su obsequio
Le engalana los campos,
Mil flores por doquiera
Desparciendo su mano.
Cojamos las más lindas;
Y alegres emulando
Las risas y banquetes
Que libre canta Horacio,
De yedra coronadme,
Yo en torno haré otro tanto;
Y ornad copas y mesa
De pimpollos y ramos.
La rosa esté en los pechos
Del dulce Amor esclavos;
¿Y quién de sus arpones
Escapa en nuestros años?
La rosa que á Citéres
Su seno purpurado
Y del hijo á los besos
Su aroma debió grato.
Llevemos todos rosas,
Pues que todos amamos;
Y quien cuidados llore,
Por hoy les dé de mano.
Que yo, al ver cuál incauta
Dorila á cada paso
Me muestra que me adora,
Perdido la idolatro.
Aun niña y simplecilla,
Un dia con mis labios
Comuniqué á los suyos
El fuego en que me abraso.
De entónces al mirarme,
De un vivo sonrosado
Anímase, y su seno
Se eleva palpitando.
Aquí pues á la sombra
Del álamo copado,
Donde mil pajaritos
Cruzan de ramo en ramo,
Y acarícianse tiernos,
Y gozan, y otros lazos
Para nuevas delicias
Escápanse voltarios;
De entre guijas y trébol
Con sus trémulos pasos
Murmullante el arroyo
Nos aduerme saltando;
La fiesta celebremos:
Del néctar perfumado
Que Jerez nos regala,
Brindemos y bebamos.
Misterioso el silencio
Cubriéndonos, despacio
Gocemos los manjares
Que el lujo ha preparado.
Paladéese el gusto,
Delicioso el olfato
Regálese, y los ojos
Se ceben en mirarlos.
Bebamos otra copa;
Empiécela Menalio,
Y á un tiempo clamad todos:
«¡Honor, honor á Baco!»
A cada nueva copla,
Los vivas y el aplauso,
Subiendo á las estrellas,
Responda un dulce trago;
Y otro y otros en torno,
Tocándonos los vasos,
Del viejo Valdepeñas,
Se sigan apiñados.
Así hasta media noche
Los brindis renovando,
Del sabroso banquete
Prolonguemos el plazo;
De do, medio beodos,
A sumirnos corramos
Del tranquilo Morfeo
En el muelle regazo.
Que las horas escapan
Fugaces y callando,
Y en pos nos precipita
Del tiempo el rudo brazo.
Ved, si no, cuál las rosas
Dan su vez al verano,
Y al Enero aterido
El otoño templado.
Nuestro cabello de oro,
De nieve harán los años,
Y nuestra alegre vida,
De duelos y quebrantos.
Entónces, ni los bailes,
Ni el vino más preciado,
Ni el rostro más travieso
Podrán regocijarnos.
Del dia que nos rie
Gocemos, pues en vano
Será inquirir si un otro
Nos lucirá más claro.

ODA XV.

DE MIS NIÑECES.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas,
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponia.
Así en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los dias.
Con ellos poco á poco
La edad corrió deprisa,
Y fué de la inocencia
Saltando la malicia.
Yo no sé; mas al verme
Dorila se reia;
Y á mí de sólo hablarla
Tambien me daba risa.
Luégo al darle flores
El pecho me latia;
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde, tras esto
Vimos dos tortolitas
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caidas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemian.
Alentónos su ejemplo,
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas;
Y en un punto, cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dió el Amor sus dichas.

ODA XVI.

Á UN PINTOR.

En esta breve tabla,
Discípulo de Apéles,
Cual yo te la pintáre,
Retrátame mi ausente.
Cual sale, cuando rie
La aurora por Oriente,
Tras sus mansas corderas
Al valle á entretenerse;
Sueltas las trenzas de oro,
Y al céfiro que leve
Licencioso volando,
Las ondea y revuelve.
Encima una guirnalda,
Cuyas rosas releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienes;
De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluciente.
Mas para que la gracia
Le dés con que se tiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.
Luégo en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La majestad del arco,
Que nace cuando llueve;
Y al traidor Cupidillo
Podrás tambien ponerme,
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivaz fleche.
Los ojos de paloma,
Que á su pichon se vuelve,
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.
De llama las pupilas,
Que bullan y se alegren;
Mil lindos amorcitos
Jugando en torno vuelen.
Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.
Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darles
La púrpura que tienen.
Su boca...; pero aguarda:
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljófar,
Que unidos no discrepen.
Y dentro, si á ello alcanzas,
Cuando la lengua mueve,
Dulce un panal, que afuera
Destile hibleas mieles.
Como abejas las Gracias,
Que con susurro leve
Volando en el verano,
En torno van y vienen.
Dos virginales rosas
Las mejillas, cual suelen
Brillar cuando sus perlas
La aurora en ellas vierte.
Cargando todo aquesto
Con proporcion decente
Sobre el enhiesto cuello,
Que mil corales cerquen.
Los hombros dél se aparten;
Y en el hoyuelo empiece
El relevado pecho,
Tan albo, que embelese.
Pon al sediento labio
En sus pomas turgentes
Dos veneros del néctar
De la mansion celeste.
La vestidura airosa
De armiños esplendentes,
Los cabos arrastrando,
Que el valle reflorecen.
Un leonado pellico
Por cima, y que le cuelguen
Cien trenzas de oro y seda,
Que su opulencia ostenten.
Pero ¡ah! cesa, profano;
Que las gracias ofendes
De mi ausente adorable
Con tus rudos pinceles.
Y yo á sus brazos corro,
Donde el Amor me ofrece
El premio de mis ánsias
Y el colmo de sus bienes.

ODA XVII.

DÓNDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,
Seguia, de amor ciego,
De sus amables ojos
El dulce movimiento,
Que ora en llamas vivaces
Centellaban inquietos,
Y cual rayos agudos
Traspasaban mi pecho;
Ora al paso á los mios
Salian halagüeños,
Mi espíritu inundando
De celestial contento;
Ora en giro voluble
Se perdian traviesos,
De mis fieles pupilas
Evitando el encuentro;
Ora hallarlas querian,
Y ora en lánguido fuego
Sobre mí se fijaban,
Desmayados y tiernos.
Entónces, ¡ay! entónces
Mi crédulo deseo
Ver pensó, deslumbrado,
Al niño Amor en ellos.
Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.
Empero mis amores,
Donosa sonriendo,
«¡Ay! dijo, no en mis ojos
Está el Amor, ¡oh necio!
»Sino en mi boca»; y blanda,
Los labios entreabiertos,
De célica armonía
Llenó su voz el viento.
Y al oirla encantado,
Corrí loco á su encuentro,
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso,
Y en sus purpúreos labios
Y arómatico aliento.
Así, feliz de entónces,